

Los romances de Montesinos se habían infiltrado casi como ningunos otros romances en nuestras consejas y memorias locales, dicen los técnicos de la enciclopedia, pudiendo servir de ejemplo las tradiciones manchegas acerca de la cueva de Montesinos inmortalizadas por el genio de Cervantes en su Quijote.

Inseparables de los de Montesinos son los romances de Durandarte, en los que al morir el paladín de la ruta de Roncesvalles manda a su primo Montesinos que le saque el corazón para llevárselo a su amada Belerma.

Los romances de Montesinos y Durandarte, dice Menéndez y Pelayo tienen asegurada la inmortalidad y merced a Cervantes que los recogió amorosamente colocándolos en la fábula más deleitosa que han visto las edades. Una geografía poética, en parte tradicional y en parte inventada, encantamientos y visiones de la literatura caballeresca, se congregaron en el espacioso ámbito de la cueva de Montesinos, donde el escudero Guadiana, trocado en río y la dueña Ruidera y sus hijas, llorando hilo a hilo el caso acerbo de sus señores, forman cortejo a Durandarte, Montesinos y Belerma.

En todos estos pasajes campea el espíritu caballeresco, deslumbrante de puro generoso y rendido a sus idealismos, que hasta mentira parece en quienes se jugaban la vida cada dos por tres sin el menor encogimiento.

Los romances de Durandarte no desmerecen de los de Montesinos, como puede verse en este segundo que dedica a Belerma, su amada:

¡Oh Belerma! ¡Oh Belerma! — por mi mal fuiste engendrada,
que siete años te serví — sin de tí alcanzar nada;
ahora que me querías, — muero yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte — aunque temprano me llama;
mas pésame que de verte — y de servirte dejaba.
¡Oh mi primo Montesinos! — lo que agora yo os reogaba,
que cuando yo fuera muerto — y mi ánima arrancada,
vos lleveis mi corazón — adonde Belerma estaba
y servidla de mi parte — como de vos yo esperaba,
y traedle a la memoria — dos veces cada semana,
y dirísle que se acuerde — cuán cara que me costaba;
y dadle todas mis tierras — las que yo señoreaba,
pues que yo a ella pierdo — todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!! — ¡mal me aqueja esta lanzada!
el brazo traigo cansado — y la mano de la espada;
traigo grandes las heridas — mucha sangre derramada,
los extremos tengo fríos, — y el corazón me desmaya,
los ojos que nos vieron ir — nunca nos verán en Francia,
Abracéisme, Montesinos, — que ya se me sale el alma.
De mis ojos ya no veo, — la lengua tengo turbada,
yo vos doy todos mis cargos, — en vos yo los traspasaba.
—El Señor en quien creéis — El oiga vuestra palabra.—
Muerto yace Durandarte — al pie de una alta montaña,
Llorábalo Montesinos — que a su muerte se hallara,
quitándole ésta el almete, — descárnéndole la espada,